

destello de amor que había sentido desapareció por completo.

Desde este punto es imposible seguir la desatinada marcha del calavera reincidente. Por no pensar y olvidar lo que él llamaba sus desgracias, se dejó conducir por sus antiguos amigos y se arrojó con alma y vida á todos los desórdenes, á los excesos que eran su centro.

En tal situación vino un ángel á aumentar las desventuras de Luisa y á hacer más criminal la conducta de Fernando. Este lo recibió como una carga más, como un nuevo remordimiento, pues que siendo padre, su proceder era doblemente reprehensible; y la infeliz adquirió la desconsoladora evidencia de que su marido estaba perdido cuando ni el amor de su hijo lo atraía al buen camino.

La esposa hubiera perdonado de buen grado su infelicidad, pero la madre no podía perdonar el abandono en que á su hijo dejaba aquel que tenía la obligación sagrada de amarle y velar por él.

Mostró toda su indignación, todo su desprecio al que tanto la hacía sufrir; él se vengó huyendo aún más de su casa, en la que sólo se le veía al retirarse á altas horas de la noche y no todos los días, entregándose más que nunca á sus antiguas costumbres de libertino, á las que sólo la novedad de los primeros días de matrimonio le había hecho renunciar una temporada. Y entre ambos esposos se abrió el abismo de la mutua aversión.

De todo esto resultó lo que no podía menos de ocurrir á un hombre que teniendo obligaciones derrochaba sin ser rico. Las deudas crecieron; los acreedores, cansados de esperar, empezaron á exigir; el miserable quiso sitiarse por hambre á su familia; la mujer se defendió; y cada vez que se veían estallaba un grave disgusto en el que los improperios se cruzaban, y él, para más desesperarla, la hacía la relación de lo que gastaba con las grisetitas que lo distraían.

Para colmo de desdichas, la pobre joven se vió el blanco de los soeces insultos de los acreedores, que no encontrando á su marido, desahogaban en ella su cólera y pedían lo que la infeliz no había gastado.

Tan repetidos disgustos y constantes luchas alteraron al fin su salud; se encontró enferma y siempre sola por la ausencia de sus padres, y la tristeza aumentó el mal físico hasta ponerla á las puertas de la muerte.

Su fuerte naturaleza lo venció todo y recobró en parte la salud; pero su hijo absorbió un alimento dañado y cayó enfermo también. El libertino tuvo tanto cuidado del hijo como había tenido de su mujer, y el hermoso ángel murió en los brazos de su madre que lo velaba sola.

Cuando el padre entró en su casa á la media noche, encontró á su hijo de cuerpo presente; la desgraciada madre lloraba junto al cadáver. Tan lúgubre cuadro no pudo menos de conmoverle; la espina del remordimiento se clavó en su corazón, y al contemplar el

dulce rostro de aquel ángel dormido en el regazo de Dios, una lágrima de fuego brotó de sus ojos encendidos por los excesos.

— He ahí tu obra — exclamó Luisa fuera de sí, transfigurada, delirante, mostrándole el frío cuerpo de su hijo. — Tú le has muerto. ¡Parricida!, te gritará tu conciencia entre el ruido de la orgía. ¡Parricida!, te repetirá siempre mi voz. Que Dios te perdone, asesino del hijo de mis entrañas; yo no te perdonaré jamás.

Y cayó medio desvanecida sobre el cadáver de su hijo.

El insensato quiso pronunciar algunas frases de disculpa; mas la voz se ahogó en su garganta, su mente se negó á concebir una idea, y huyendo de aquel espectáculo que le anonadaba, fué á ocultar en el último rincón de su cuarto el rubor de la vergüenza y las lágrimas del arrepentimiento.

El estado de su ánimo era el más á propósito para una reacción favorable, y si en su corazón hubiera ardido alguna vez la llama del amor por la que era su esposa, de las cenizas de aquel amor hubiese brotado en tan tristes circunstancias la brillante luz destinada á abrirle nuevos horizontes y conducirlo á la regeneración de todo su ser. Pero nunca la había amado, y pasados aquellos momentos de emoción durante los cuales ni pensó en consolar á la desgraciada cuya infelicidad había hecho, volvió á sus desórdenes con el afán del borracho que se embriaga por no pensar que lo es.

La pobre mujer no tuvo fuerzas para sufrir más; aquel horrible golpe que destrozó su corazón le hizo sentir hacia su marido invencible repulsión, y viéndolo perdido por completo para el bien, resolvió buscar un poco de tranquilidad lejos de aquel miserable. Transcurridos los primeros días de dolor que siguieron á la muerte de su hijo, esperó una noche á su marido, y haciéndolo entrar en su habitación, le habló así:

— Fernando, después de la muerte de mi hijo, ocasionada por ti, pues que has destruído mi salud con los desórdenes de tu vida de libertino, con tu proceder incalificable y tu abandono; y visto que tu mal no tiene remedio porque vas en progresión ascendente, no podemos seguir viviendo bajo el mismo techo.

— ¿Me propones una separación?

— Sí. Seguir en la casa del asesino de mi hijo sería faltar á su memoria; continuar presenciando en silencio tus desórdenes sería arrastrar por el lodo mi dignidad de legítima esposa; sufriendo por más tiempo tu injusto abandono me igualaría á las viles mujeres que te han hecho olvidar tus deberes y la honra de tu nombre.

— Está bien. Pero conste que por tu voluntad abandonas mi casa, que yo no te echo.

— Si lo dices por no señalarme pensión — repuso con sonrisa despreciativa, — tranquilízate. En mi casa me esperan con los brazos abiertos y me darán cuanto tengan. No necesito, gracias á Dios, tus auxilios.

— Lo celebro infinito.

— ¡Oh!, eres... un desgraciado.

— Ahora has acertado. Bien desgraciado por haber echado sobre mis hombros cargas que no he podido soportar.

— ¿Por qué no mediste tus fuerzas antes de tomarlas?

— Por qué dí con una mujer... sin seso, que apenas manifesté deseos de adorar la cruz del matrimonio, se apresuró á echarla sobre mí sin pensar en más.

— Me insultas.

— No, hija mía, digo la verdad. Tú no puedes llamarte á engaño, puesto que sabías te casabas con un tronera.

— Hay troneras de buena índole que llegan á ser hombres intachables y honrados padres de familia; yo ignoraba que fueras un miserable.

— Gracias, esposa, por la última frase. Si te hubieras tomado tiempo para conocerme, pronto hubieses comprendido que yo no servía para casado. Quisiste casamiento á toda costa, y pusiste en mi cuello un dogal que para ti ha sido manantial de lágrimas y desdichas.

— Pero ¿quién propuso, de quién fué el empeño?

— Mía fué la proposición, hecha en un momento de locura; el empeño de nadie, porque tú aceptaste en seguida; la responsabilidad es toda tuya, que tan de ligero obraste.

— Sólo me faltaba que me acusaras tú, causante de

todos mis males y de la horrible desgracia que me ha herido, y para que nada me falte lo estoy oyendo. Basta, basta, por Dios. Cortemos de una vez tan desagradable escena y, en lo posible, el lazo que nos une.

— Como quieras. ¿Cuándo partirás?

— Mañana mismo.

— No te deseo ningún mal y celebraré encuentres la tranquilidad que anhelas.

— Gracias.

— Queda con Dios.

— Él te perdone.

El libertino salió con la mayor calma; había conseguido su deseo. La infeliz sepultó la cabeza entre sus manos cuando se vió sola, y un mar de lágrimas inundó su angustiado rostro.

Ella esperaba un impulso de arrepentimiento, una palabra de súplica; mas lejos de eso, sólo había escuchado frases de acusación y desprecio de labios de aquel hombre á quien todavía amaba.

Al día siguiente un coche los conducía á la estación. Luisa iba serena y digna; pero en el momento de separarse, su corazón de mujer amante habló y por un impulso irresistible se arrojó en los brazos de su esposo, exclamando al par que lo estrechaba contra su pecho:

— Fernando de mi alma, una palabra de cariño, una promesa de variar de conducta, y me quedo á tu lado y consagro mi vida á la santa obra de tu regeneración.

Él la apartó fríamente.

— Perdona — dijo, — no puedo prometer lo que me es imposible cumplir. El vicio atrae como el abismo y yo moriré en su fondo. Por un resto de generosa nobleza te aconsejo que te alejes... Al lado de tus padres encontrarás la paz que aquí te ha de faltar.

— Sea. De nuevo pido á Dios te perdone todo el daño que me has hecho.

— Pídele que corte pronto mi inútil existencia.

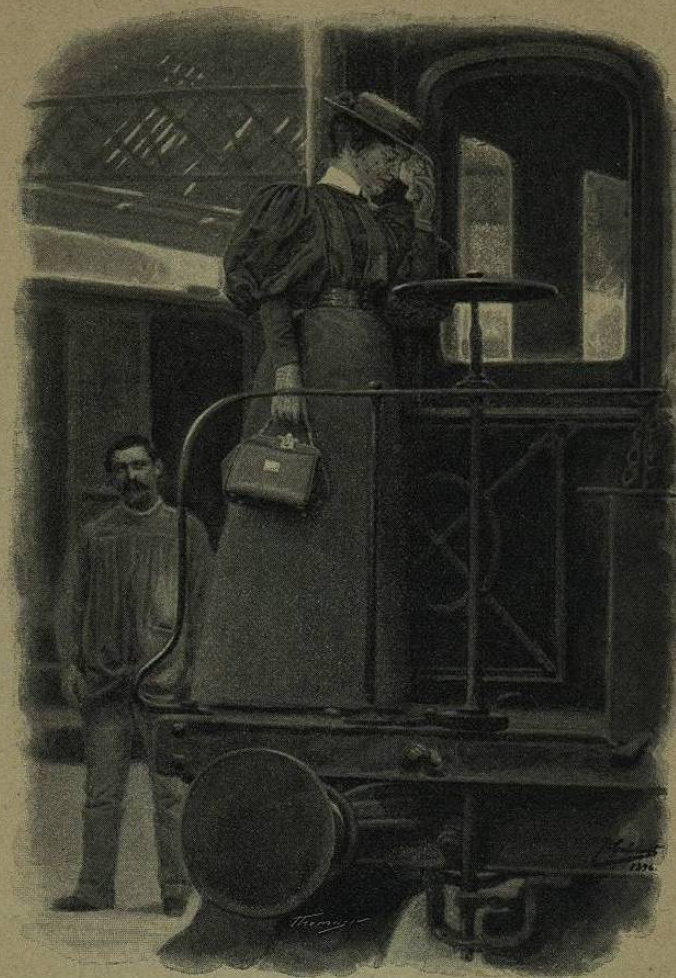
Aquella fué su despedida. Se marchó, y el ruido de la máquina al partir ahogó el de los sollozos de la pobre mujer.

.....

Hoy es él un perdido de la peor especie, de esos que componen la escoria de la sociedad y la parte dañada de las familias; y ella, metida en el rincón de su casa, llora su triste situación. Sin poderse contar como casada, pues que no tiene marido, ni como soltera, porque está casada, ni viuda, siendo así que su esposo vive; huye de la sociedad creyendo ver en todos los labios la sonrisa epigramática de insultante duda con que el mundo acoge á esas infelices que no pertenecen á ningún estado, y es imposible expresar las torturas que sufre.

Ahora bien, mis queridas lectoras, ¿creéis mejor esta vida de amarguras, desengaños y dolores, que la plácida y serena existencia de la mujer soltera?

La mujer que por circunstancias extraordinarias, por azares de la suerte, ó por haber roto la muerte lazos del corazón, media el camino de la vida sin un com-



... el ruido de la máquina ahogó el de los sollozos de la pobre mujer...

pañero, podrá excitar las burlas de los necios, y ¿quién de tales entes hace caso?; pero si su carácter es agradable y su proceder está libre de extravagancias y rarezas, obtiene la estimación general, disfruta del aprecio de las personas sensatas y goza de una paz inalterable y siempre respetada.

En cambio la mujer mal casada ve su vida convertida en un infierno, sufre amarguras sin cuento al comparar el ayer con el presente, y encuentra un desengaño continuo en el desvío de la parte honrada de la sociedad que su conducta pone en tela de juicio; pasa constantemente por la vergüenza de ser el blanco de las groseras indirectas que le dirigen aquellos que, teniendo más por qué callar, gozan sacando los colores del rubor á las mejillas del prójimo, y su existencia es un tejido de desventuras que sólo acaban al exhalar el postrer suspiro.

Que la felicidad del hombre y de la mujer está en la mutua identificación de sus almas, cosa es ya muy sabida. ¿Dónde hallar mayor ventura, más dulces encantos que en dos corazones que después de amarse largo tiempo se unen con el lazo sagrado de la religión para no separarse nunca, para latir siempre juntos, para fundirse en uno solo y hacer de sus almas gemelas una misma existencia llena de delicias, de pasión, de nobles impulsos y generosas acciones?

De aquí deducimos que en el matrimonio se pueden encontrar todos los grados de la felicidad cual todos los grados de la desventura.

Y como está probado que la mayor parte de los desavenidos lo son por no haberse conocido antes bien y por haberse dejado guiar unas veces por el ciego interés, otras por el deseo, en ellas de cambiar de estado y en ellos de satisfacer un capricho del momento, terminamos como hemos empezado, aconsejando con el antiguo refrán al sexo fuerte, que antes que se case mire lo que hace; el remedio es antes fácil, después imposible: y á mis lindas lectoras, que no den su mano más que al hombre que la merezca, después de estar bien seguras de sus buenas cualidades, de la realidad de su amor y de su constancia, probada tras la marcha del tiempo y los vaivenes de la suerte. Sólo así podrán encontrar la felicidad.



— María, amor mío: aquí en esta soledad que parece acercarnos á Dios...

LA PLAYA DEL JURAMENTO

I

El día estaba sereno y la atmósfera tan templada cuanto es posible en el mes que abre siempre la puerta á un nuevo año. El hermoso cielo de Madrid ostentaba su celeste manto, el sol brillaba radiante, y la linda María, aprovechando la bonanza del tiempo, jugaba y corría con bulliciosa algazara por las floridas calles de su jardín.

¿Quién era María?

Una encantadora niña de doce años, morenita, alegre y graciosa, con linda boca de grana, sonrisa divina y ojos fascinadores.

El hermoso jardín por donde paseaba circuía completamente un precioso hotel del mejor gusto arquitectónico, propiedad de D. Justo Gutiérrez, padre de la graciosa niña.